

MIGUEL CERVANTES
ARENAS

Óleo y pastel sobre papel

Sábado 25 de julio de 2015 a las 12:00 horas

**GALERIA
JUAN
MARTIN**



El desierto no está en absoluto desierto de colores. Desde 1989, en viajes anuales a Egipto y navegando por el Nilo, Miguel Cervantes ha dejado que la luz del desierto deslumbré y encienda su trabajo. A partir de 1997, comenzó a realizar apuntes pictóricos bajo la *solaridad* egipcia, concentrándose especialmente en la correlación entre el cielo y el suelo, en la absorción y los reflejos de la luz sobre la arena, en los veloces cambios del color, las luces y las sombras, sin intentar una copia natural del paisaje sino su metáfora.

Por ello sus cuadros son invención: no fueron pintados in situ pero sí traducen el arrebatado extático de esa suerte de reloj solar en que se muda el hombre trasplantado en el desierto. Cuadros que son *temporalidad*, muy lejanos del orientalismo pictórico, despiertan de primera impresión lindes con la pintura de Mark Rothko y con la intuición del tiempo guardada en un reloj de arena. En las particiones del espacio de Rothko hay una sensorialidad cromática que es también elaboración espiritual de la luz, mientras que la arena encapsulada en el reloj no sólo toma formas de tiempo y reciprocidad entre lo alto y lo bajo, sino que —acaso por permanecer intocable aun estando entre las manos— imaginariamente nos evoca una *medida de distancia*, dando flujo a la imagen enquis-

tada del *fin de la infinitud*. El tiempo-distancia de la arena y la luz es lo que Miguel Cervantes vierte en sus cuadros, donde el flujo parece materializarse en la corriente del Nilo, en tanto que la mano del pintor rastrea la luminosidad en recorridos horizontales, luego diagonales, tirando un horizonte táctil y visual donde lleno y vacío son intercambiables.

Dado que en el desierto la mutación cromática se da instantáneamente, es difícil captarla en pintura. Por ello Miguel Cervantes ensaya las variaciones de luz por zonas en el cuadro. Emplea el lápiz pastel explorando sobre la rugosidad del papel la costra de polvo, extendiendo los granos con los dedos y el pincel, frotando suavemente la costra, luego fijándola con esencia de trementina. Esta técnica es idónea, pues los pigmentos del lápiz pastel se extraen precisamente de arenas y polvo de roca. La aplicación del artista se traduce en un arte contemplativo a la vez que ardiente.

En el desierto, Miguel Cervantes ha encontrado una costra de polvo y un agua lustral, una tormenta de arena y una ribera generosa. La intuición es de Yves Bonnefoy: frente a las grandes extensiones, ya sean planicies, desiertos o mares, “lo invisible y lo próximo se confunden, lo allende está por doquier, y el centro, quizá, a un paso”.

JAIME MORENO VILLARREAL